



Lecturas

Cuarto grado

Ser lectores

Tú ya no eres una niñita ni un niño. Tú estás ya en cuarto. En los tres, o cuatro, o cinco años que llevas de escuela, y en la vida diaria, con tu familia, en la calle, en la televisión, ya aprendiste a leer y a escribir muchas palabras. Pero, más allá de esas palabras, hay muchísimas más. Y las palabras son los puentes que nos llevan al conocimiento. Este libro busca prepararte para que puedas leer todos los demás. Los de la escuela y los que vayas conociendo en otras partes. Este libro se ocupa de lo más importante que la escuela debe darnos: hacernos lectores.

Una cosa es saber leer y escribir, estar alfabetizados, y otra cosa es ser lectores: que cada día dediquemos un buen rato a leer por el gusto de leer. Además, claro está, de lo que tengamos que leer para informarnos y para cumplir con nuestras obligaciones escolares. Ser lectores facilita las otras dos metas centrales de la escuela: enseñarnos a convivir y enseñarnos a manejar los números.

En este libro abundan los textos literarios. Textos en que las autoras y los autores hablan de sus sentimientos, o nos cuentan su vida, o la de otros personajes —históricos o imaginarios—, o nos descubren maneras que no conocíamos de ver el mundo. Textos que nos hacen capaces de analizar la realidad con un pensamiento crítico, y que fomentan nuestra imaginación. En realidad, lo más probable es que hayas comenzado a conocer esta clase de relatos antes de que supieras leer y aun antes de que supieras hablar. Cuando tus padres o abuelos o hermanos mayores comenzaron a contarte cuentos, episodios históricos, leyendas, qué aventuras has tenido en tu vida. Quizá ciertas palabras te resulten desconocidas, por eso las hemos consignado en un glosario al final del libro. En los textos, las palabras marcadas con color azul te indican que debes consultarlo.

Frecuentar los textos literarios —dedicarles un rato cada día— nos enseña a salir de nuestra persona para convertirnos en otros. A hacer nuestras las experiencias y las situaciones de otros seres, sus ideas y sus maneras de ver, sentir e imaginar. Nos aficiona a la lectura, nos convierte en lectores. Y, no lo olvides: eso es lo más importante que la escuela puede darte, porque eso te dejará capacitada o capacitado para que sigas aprendiendo durante todos los días de tu vida.

Felipe Garrido
Académico de número
Academia Mexicana de la Lengua

Gatos ilustres

Doris Lessing

Como la casa se alzaba en lo alto de una colina, los halcones, las águilas, las aves rapaces, que suspendidas en las corrientes de aire, daban vueltas sobre los matorrales, a menudo quedaban a la altura de los ojos, a veces más abajo. Posábamos la vista en las alas negras y pardas —una extensión de seis pies—, destellantes con el sol, que se inclinaban cuando el pájaro describía una curva. Abajo, en los campos, nos tumbábamos inmóviles en un surco, a poder ser donde el arado se había hundido más al girar, bajo un manto de hierbas y hojas. Había que sepultar o recubrir de tierra las piernas, cuya palidez, pese al bronceado, resaltaba contra el pardo rojizo del suelo. A cientos de pies de altura, una docena de aves volaba en círculo, al acecho del menor movimiento de un ratón, un pajarito o un topo. Elegíamos una, tal vez la que se cernía sobre nosotros; y quizá por un instante teníamos la impresión de que se producía un intercambio de miradas: los ojos fríos y penetrantes del ave, y los ojos fríamente curiosos del ser humano.

A large, dark hawk is shown in flight at the top of the page, its wings spread wide. Below it, a landscape of rolling hills and trees is depicted. The hills are rendered in shades of green and brown, with some trees having a textured, almost wood-grain appearance. The sky is a light, hazy blue. The overall style is artistic and somewhat abstract.

En la parte inferior del estrecho cuerpo en forma de bala, entre las inmensas alas suspendidas, las garras estaban ya preparadas. Al cabo de medio minuto, o de veinte segundos, se abatía sobre el animalito que hubiera escogido; acto seguido se elevaba para alejarse con un pausado batir de alas dejando tras de sí un remolino de polvo rojo y un intenso olor fétido. El cielo continuaba como siempre: un espacio azul, alto y silencioso, salpicado de bandadas de pájaros que daban vueltas. De todas formas, en lo alto de la colina era habitual ver un halcón precipitarse oblicuamente desde el círculo de aire donde había permanecido hasta seleccionar la presa: una de nuestras gallinas.

Nuestras gallinas constituían, o cuando menos así las consideraban sus enemigos, una provisión siempre renovada de carne para los halcones, búhos y gatos salvajes de varias millas a la redonda. Del alba al atardecer correteaban por la desprotegida cima de la colina, convertida en destino de los predadores por el relucir de plumas negras, pardas y blancas y el continuo cloqueo, cantar de gallos, escarbaduras y contoneos.



En las granjas africanas es costumbre recortar las tapas de las latas de parafina y petróleo y colgar al sol estos destellantes cuadrados de metal. Para espantar a las aves, dicen. Pero yo he visto un halcón descender de un árbol para arrebatarse una gorda clueca adormilada de encima de los huevos que empollaba, y eso a pesar de estar rodeada de perros, gatos y personas, negras y blancas. Y una vez, tomando el té sentadas delante de la casa, una docena de personas presenciaron cómo un veloz halcón arrancaba de la sombra de un arbusto un gatito bastante crecido.

De todos modos, había aves de corral en abundancia. Y tantos halcones que carecía de sentido dispararles. Siempre que mirábamos al cielo desde lo alto de la colina divisábamos a menos de medio kilómetro un pájaro volando en círculos. Y un par de cientos de pies más abajo un diminuto retazo de sombra se deslizaba sobre los árboles, sobre los campos.

Sentada en silencio bajo un árbol, he visto animales que se quedaban paralizados o corrían a refugiarse cuando la amenazadora sombra de unas alas desplegadas en el cielo les rozaba u oscurecía por un momento la luz sobre la hierba, sobre las hojas. No se trataba nunca de un pájaro solitario. Eran dos, tres, cuatro que daban vueltas arracimados. ¿Y por qué ahí precisamente?, se preguntaba una. ¡Pues claro! Porque se servían, a distintos niveles, del mismo remolino de aire. Un poco más lejos, otro grupo. Una mirada más atenta... y el cielo aparecía salpicado de manchitas negras; o de manchitas relucientes, si les daba el sol, como las motas de polvo en un haz de luz que entra por la ventana. ¿Cuántos halcones habría en aquellos kilómetros de aire azul? ¿Centenares? Y todos capaces de llegar hasta nuestras gallinas en cuestión de minutos.



Glosario

- aherrojar.** Poner a alguien ataduras de hierro para someterlo.
- alano, na.** Perro corpulento y fuerte, con cabeza grande, orejas caídas, hocico chato, cola larga y pelo corto y suave.
- antipara.** Prenda que cubre la pierna sólo por delante.
- apear.** Desmontar o bajar a alguien de una caballería, de un carruaje o de un automóvil.
- asaz.** Bastante, muy o mucho.
- asordar.** Ensordecer a alguien con ruido o voces.
- atabal.** Especie de tambor pequeño o tamboril que suele tocarse en fiestas públicas.
- berza.** Variedad de col; planta de color verde intenso, cuyas hojas tienen el borde rizado.
- buhonero, ra.** Persona que lleva o vende baratijas, como botones, agujas, cintas, peines, etcétera.
- diáfano, na.** Dicho de un cuerpo: que deja pasar la luz casi en su totalidad.
- díceres.** Dichos de la gente, habladurías y murmuraciones.
- egregio, gia.** Que destaca o se distingue de los demás por sus cualidades o por sus méritos.
- escorzar.** Hacer un dibujo o una pintura con sentido de profundidad.
- gres.** Pasta compuesta de arcilla y arena, que sirve para fabricar diversos objetos.
- homúnculo.** Ser deforme con algunas características humanas y que ha sido creado por medios artificiales.
- huizache.** Árbol de ramas muy espinosas y flores de color amarillo.
- inconmensurable.** Enorme, que por su gran magnitud no puede medirse.
- jockey.** Jinete de carreras de caballos.
- juil.** Pez de agua dulce de las lagunas del Altiplano, muy parecido a la carpa.
- legua.** Medida de longitud, que en el antiguo sistema español equivale a 5572.7 metros.
- macehual.** En la sociedad náhuatl, persona que pertenecía a la clase social que estaba entre los esclavos y los nobles.
- madrépora.** Coral con forma de árbol.
- malaquita.** Mineral verde, que puede pulirse y suele emplearse para cubrir objetos.
- monodelfos.** Es una de las dos subclases en que se dividen los mamíferos, conocidos como euterios o placentarios.
- moscador.** Especie de abanico.
- opalescencia.** Reflejos de diversos colores, como los del ópalo.
- pinjante.** Joya o pieza de oro, plata u otro material, que se lleva colgada a modo de adorno.
- piragua.** Embarcación pequeña, estrecha y muy liviana que se usa en los ríos y en algunas playas.
- pisciforme.** Con forma de pez.
- pórfido.** Roca compacta y dura, de color oscuro y con cristales de cuarzo.
- quórum.** Número de individuos necesario para llegar a acuerdos.
- rabino.** Maestro que interpreta los textos sagrados judíos.
- recoveco.** Sitio escondido o rincón.
- salmuera.** Agua que sueltan las cosas saladas.
- saudade.** Refiere un sentimiento de nostalgia, añoranza o soledad.
- sinagoga.** Edificio dedicado a la reunión y culto de la religión judía.
- tisú.** Tela de seda entretejida con hilos de oro o plata.
- tlatohuani.** Gobernante de una ciudad.
- tordillo, lla.** Referido a una caballería, que tiene el pelo mezclado de negro y blanco.
- verduguillo.** Arma blanca, como una navaja, un puñal o un estoque.
- zaquizamí.** Enmaderamiento de un techo.

Créditos iconográficos

Mariana Alcántara Pedraza, pp. 47, 59, 74, 121, 133
Diego Álvarez, pp. 17, 36, 38-39, 63
Sharon Barcs, pp. 95-97
Israel Barrón, pp. 12, 76-78, 98-100, 116-119
Patricio Betteo, pp. 22-25, 26, 101
Ángel Campos Frías, pp. 18-19, 44-45, 75, 107
Julián Cicero, pp. 40-41, 56-57, 112-113
Juan José Colsa, pp. 48-49, 54, 58, 90-91, 154, 155
Paloma Díaz Abreu, pp. 32-33, 70-73, 80, 104-106
Julia Díaz Garrido, pp. 142-143
Ixchel Estrada, pp. 30-31, 50-51, 55, 85
Ricardo Figueroa Cisneros, pp. 13, 34-35, 152-153
Mauricio Gómez Morín y David Lara, pp. 20-21, 66, 67, 46-47
Natalia Gurovich, pp. 79, 115
Alejandro Herrerías, pp. 148-151
Claudia Legnazzi, pp. 14-16, 43, 68-69, 144-147
Diego Molina, pp. 82-83, 114, 130-132, 135
Claudia Navarro, pp. 122-129
Gabriela Podestá, pp. 28-29, 92-94, 108-110
Tania Recio, pp. 27, 60-62, 134, 138-141
Esmeralda Ríos, pp. 11, 111, 120
Luis San Vicente, pp. 8-10, 86-89
Mauricio Torres Rivera, pp. 64-65, 136-137
Cecilia Varela, pp. 42, 81
Cuauhtémoc Wetzka, pp. 52-53, 102-103